

El ser humano en búsqueda de la libertad

Vivencia de ser libres y limitado-as

Desde lo más profundo de nuestro ser experimentamos una llamada irrenunciable a ser personas libres. La llamada a la libertad es una experiencia universal, vivida y sentida desde cualquier cultura, raza y condición. Todo-as estamos, en nuestro interior, convencidos de que somos libres. No hay nada ni nadie que nos pueda impedir esta sensación.

Pero también es verdad que, al mismo tiempo, nos sentimos limitados. A veces somos nosotros mismos, nuestros condicionamientos físicos o psicológicos los que nos limitan. Otras veces son condicionamientos externos: los convencionalismos sociales o estar sujetos a unas normas y leyes de convivencia o relación social hace que, en cierto sentido, nos sintamos limitado-as. Esta experiencia simultánea (ser libres pero también limitado-as) nos produce una cierta sensación de perplejidad, que puede llegar incluso al sufrimiento.

La historia es maestra de la vida, solemos decir. ¿Cuántos años ha costado y está costando, que desaparezca la esclavitud, que las mujeres tengan igualdad de derechos, o que no se establezcan diferencias por cuestión de raza y/o religión? La libertad es algo bueno, pero ¡Qué difícil es conseguirla para todo-as!

- ***Somos libres ¿para qué?***

Siempre que hablamos de libertad nos preguntamos: Ser libres ¿para qué? Algunos suelen responder: "Para hacer lo que me dé la gana". Sin embargo, no se nos escapa que, todo lo que está a nuestro alcance tiene una finalidad en sí mismo; los objetos, y mucho más las personas, son para lo que son. Conocer y respetar la finalidad propia de las cosas y de las personas es un signo de sabiduría. Si respetamos esto, no podemos pensar en hacer lo que nos dé la gana. Entonces... ¿para qué somos libres?

Posiblemente, estaremos de acuerdo en que la libertad es para crecer en humanidad. Dicho de otro modo: para ser personas cada vez más humanas. Independientemente de cómo interpretemos esto, parece claro que la capacidad de ser libres, la capacidad de elegir, y de decidir, no puede ser para aprovecharnos de los demás, imponer nuestros criterios por la fuerza, vivir a nuestro antojo de forma insolidaria, conculcar los derechos de otras personas... sino para hacernos cada vez mejores personas.

El problema radica en que muchas veces confundimos ser “libres de” con ser “libres para”. Nuestra condición de personas limitadas (finitas) hace que sea imposible liberarnos de algunos condicionamientos personales (características físicas y psicológicas, enfermedad, muerte); nuestro ser personas sociales hace que estemos sujetos a normas y leyes que ordenan la convivencia y protegen nuestra libertad y la de los demás. Por lo tanto, nunca seremos totalmente “libres de”. Pero aspiramos a ser “libres para” realizarnos como personas, para tomar decisiones que van configurando nuestra vida y nuestra identidad.

- ***Mi libertad y la libertad de otro-as***

Eso nos lleva a considerar que, puesto que cada uno no vive solo en una isla, la libertad personal pasa también por la libertad de los-as otro-as. Pero esto no significa que los otros-as sean un límite para mi libertad, sino que la convivencia tolerante y respetuosa es la condición de posibilidad para el ejercicio de mi propia libertad.

- ***Nuevas esclavitudes***

El hecho de vivir en sociedad nos lleva, también, a experimentar nuevas esclavitudes en nuestros tiempos. Son los condicionantes sociales de la cultura en la que vivimos inmersos. Algunos de estos condicionantes son, por ejemplo, el consumismo, el individualismo exagerado, la banalización del sexo, el culto al placer, el deseo de poder, de protagonismo, el deseo de acumular, de acceder a todo lo que pueda ser adquirido con dinero, a bajo esfuerzo...

Algunos de estos modos de entender la vida se han convertido en nuevos ídolos de la sociedad moderna, y de una manera u otra, condicionan nuestra capacidad de ser críticos, de elegir libremente, de no sentirnos coaccionados en nuestras decisiones de consumo, de relación afectiva, de escala de valores... Verdaderamente, hace falta lucidez, perspicacia, y fuerza de voluntad, para ejercer la libertad y no dejarnos arrastrar por estas nuevas “esclavitudes” de nuestro tiempo.

Llamado-as por Dios a la libertad

El Dios de la Biblia es liberador

La imagen de Dios que nos ofrece la Biblia es la de un Dios que invita al pueblo a establecer con El un pacto de Alianza. Dios llama, invita, nunca se impone, ni menos aplasta.

Jesús, hombre libre

Hemos sido creados y llamados a ser libres:

“Para que seamos libres nos ha liberado Cristo. Por lo tanto, manteneos firmes en esa libertad y no os sometáis al yugo de la esclavitud” (Gal 5,1)

El ejemplo del propio Jesús es un estímulo permanente para el cristiano-a. Él fue un hombre libre, Se destaca en el evangelio su libertad interior y exterior frente a la familia, el templo, el sábado, la ley, valores supremos todos ellos en la vida de los judíos de su tiempo.

Jesús, cuando llama al seguimiento, lo hace siempre a través de una invitación; una invitación dirigida a la libertad de sus oyentes. Precisamente porque valora la grandeza de la libertad, que nos hace semejantes a Dios-Padre, prefiere amar a odiar, devolver bien por mal, o morir antes que matar.

En el ejemplo de Jesús se comprende el alcance de la libertad cristiana, tal como nos lo refiere San Pablo:

“Hermanos, habéis sido llamados a ser libres.

Que esa libertad no dé pie a los malos instintos.

Al contrario, servíos por amor los unos a los otros” (Gal 5, 13-14)

La fe, ¿freno a nuestra libertad?

Hay personas que afirman que la fe es un freno para la libertad. Algunos siguen viviendo una fe que heredaron, pero lo hacen más como una obligación que como una liberación. Su idea de la fe tiene más que ver con mandamientos, exigencias, compromisos... y eso comporta una carga de negatividad para la vivencia de la libertad.

Pero también existen cristianos-as que afirman sentirse liberados-as cada vez que “se dejan seducir” por la fuerza del Espíritu de Jesús resucitado y dedican su vida al Reino de Dios.